

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

X.- LOS GRIEGOS: QUEREMOS VER A JESÚS.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Seguimos orando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos en el primer retiro que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón, en el segundo retiro.

En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la mujer cananea en el tercer retiro. Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación en la noche, como vimos que le ocurrió a Nicodemo, en el cuarto retiro.

También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al endemoniado de Gerasa; o atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la viuda de Naín; o para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parece que están más alejados de Él, como la mujer pecadora o el centurión romano.

Igualmente, el encuentro con el Señor es posible aun estando en medio de una tempestad, en medio de los contratiempos, incluso de los más graves problemas y situaciones que puedan aquejarnos en lo personal o en lo social, como vimos en el último retiro.

Pero hay algo necesario para encontrarnos con el Señor: y es “querer”: desear conocerle, querer verle, como unos griegos que se dirigieron al Apóstol Felipe, como veremos hoy.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Siento verdadero deseo de conocer a Jesús? ¿Cómo se manifiesta ese deseo?
- ¿Qué entiendo por “ver a Jesús”?

Entre los que habían venido a celebrar la Fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban:

—Señor, queremos ver a Jesús.

Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó:

—Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre.

Os aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará.

QUEREMOS VER A JESÚS.

En el contexto de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, unos peregrinos griegos que quieren ver a Jesús piden a Felipe que les facilite el encuentro con Él. No es curiosidad, es un deseo profundo de conocer el misterio que se encierra en aquel hombre de Dios.

Estos griegos “simpatizantes” de la religión judía (también llamados “temerosos de Dios”, al igual que el centurión que solicitó la curación para su criado enfermo, como vimos en el último de los retiros del ciclo pasado) se dirigen a Felipe porque éste era de Betsaida, una ciudad medio pagana, encrucijada de personas de las creencias más variadas y, por eso, le consideraban idóneo para desempeñar la función de mediador.

Con su petición, los griegos, sin saberlo, están expresando algo universal; manifiestan un deseo que atraviesa épocas y culturas, un deseo presente en el corazón de muchas personas que han oído hablar de Cristo, pero no lo han encontrado aún.

¿Qué es lo que se esconde en Jesús para que tenga ese poder de atracción? Sólo una cosa: su amor increíble a todas las personas. El amor es invisible, sólo lo podemos captar en los gestos, los signos y la entrega de quien nos quiere bien. Por eso, en Jesús, en su vida entregada hasta la muerte, podemos percibir el amor insondable de Dios. En realidad, sólo empezamos a ser cristianos cuando nos sentimos atraídos por Jesús.

Hoy en día muchos buscan a Dios con sincero corazón, y se preguntan dónde encontrarlo porque intuyen que Cristo es el camino para ir a Dios. La figura de Jesús está viva y no pierde interés para las personas de cualquier tiempo. Y nosotros tenemos que ser los “Felipe y Andrés” que les presenten a Jesús. Pero, ¿cómo hacer visible el rostro de Dios para el hombre y la mujer de hoy?

El ambiente secularizado trae como resultado que, en muchos casos, ya no se den las condiciones necesarias para que el mensaje cristiano sea integrado en la vida de nuestros conciudadanos. La mayor parte de nuestros contemporáneos carecen de la “infraestructura espiritual” que los haga sensibles a un deseo de ver a Jesús.

Nos encontramos en demasiadas ocasiones intentando dar respuestas a personas que no se han hecho ninguna pregunta, tratando de dar de beber a quien no tiene sed. Nuestro empeño debe ser facilitar que las personas con las que convivimos se pregunten, ¿por qué son así los cristianos?

Porque nos seguimos encontrando con personas que están en búsqueda y que necesitan de nosotros para que podamos ayudarles a “ver a Jesús”. Porque las personas siguen necesitando acercarse, conocer y amar a Dios, aunque esta necesidad muchas veces se encuentra aletargada o aturdida; pero aun así, nos están pidiendo: “Queremos ver a Jesús”.

No piden un saber abstracto, ni que les repitamos lo que dice el Catecismo, ni una idea que sintetice todas las demás, sino que piden un encuentro. No piden que se les hable de quién es el Señor, ni una enseñanza moral porque es bueno hacer su Voluntad, sino que quieren verlo a Él.

Los que confesamos nuestra fe en Jesús como Dios y Salvador nuestro debemos acoger esta petición sabiendo que, como dice el Apóstol Pablo, *“este tesoro lo llevamos vasijas de barro”* (2Co 4, 7), y que con frecuencia, la incoherencia de los creyentes constituye un obstáculo en el camino de cuantos buscan al Señor. Pero no tenemos otro medio para mostrarlo que el testimonio comunitario y el individual. Por esta razón, el camino de la Iglesia en general y de cada uno de quienes la formamos en particular, tiene que ser un serio itinerario de conversión, un esfuerzo de renovación comunitaria y personal a la luz del Evangelio.

Porque Cristo vive en la comunidad de sus discípulos: está vivo en su Palabra y en los Sacramentos, particularmente en la Eucaristía, anima la comunión fraterna de cuantos le seguimos, está presente especialmente en los más necesitados, y se encarna en todos los que aman al prójimo, viven los problemas de los demás y son solidarios con el pobre y el marginado. Ahí es donde puede y debería verse un reflejo de Cristo y de su Evangelio.

Pero a menudo el testimonio individual es el que primero llega a los demás. Y por eso el discípulo que pretenda “mostrar” a Jesús a otros deberá ser coherente con su fe y elegir: entre posiciones de poder y privilegio, o la posición incómoda sobre la Cruz; elegir entre caer simpático, o ser auténtico aunque no guste; entre notoriedad y fama, o costosa fidelidad en soledad; entre éxitos espectaculares, o el amor que se abre camino lentamente en el secreto de los corazones.

Con pequeños gestos cotidianos estaremos dando testimonio de nuestra fe, porque como dijo el Papa San Pablo VI en *“Evangelii nuntiandi”*: La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira?

Jesús no es un “espectáculo”, no es un Dios al que se puede conocer por medio de un rito, o “de lejos”, guardando las distancias... Jesús es un Dios que lo cambia todo y que nos cambia. Jesús no es un Dios para “ver”, es un Dios para encontrarse con Él y dejar que nos cambie las entrañas, la orientación de lo que hacemos pensamos, sentimos... Y nosotros, los Felipe y Andrés de hoy, debemos manifestar ese cambio. Quien no quiera dejarse cambiar, quizá “vea” a Jesús pero no se encontrará con Él ni lo conocerá.

Para la reflexión:

- ¿Por qué Jesús tiene ese poder de atracción sobre tantas personas de todo tiempo y lugar? Procuro concretar al máximo mi respuesta.
- Nosotros tenemos que ser los “Felipe y Andrés” que presenten a Jesús. Pero, ¿cómo hacer visible el rostro de Dios para el hombre y la mujer de hoy? Pienso en medios, formas, acciones... personales y comunitarias.
- Como dice el Apóstol Pablo, *“este tesoro lo llevamos vasijas de barro”* (2Co 4, 7), y con frecuencia, la incoherencia de los creyentes constituye un obstáculo en el camino de cuantos buscan al Señor. ¿Qué descubro en mí que supone un obstáculo para que otros “vean” a Jesús?

- El discípulo que pretenda “mostrar” a Jesús a otros deberá ser coherente con su fe y elegir. El encuentro con Jesús nos cambia, y nosotros debemos manifestar ese cambio: ¿Qué ha cambiado Jesús en mí?

HA LLEGADO LA HORA...

Seguramente, para Felipe y Andrés, que los griegos quieran ver a Jesús significó que por fin había llegado “la hora” de su Maestro: su fama ha llegado lejos, incluso los extranjeros lo buscan y se sienten atraídos por Él. Es la hora del éxito, de la popularidad, de la gloria, del triunfo.

Incluso a la petición de los griegos, Jesús responde diciendo: **Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre.** Pero es una respuesta extraña, que parece incoherente con la pregunta de los griegos. ¿Qué tiene que ver la glorificación de Jesús con la petición de encontrarse con Él? Sin embargo, sí que hay una relación.

Una vez más Jesús experimenta que nadie le ha entendido. Él está dando a esa “hora” y a esa “glorificación” un contenido muy distinto a las expectativas de Felipe, de Andrés y de los griegos que quieren verle. Jesús está hablando de su Pasión, Muerte y Resurrección, y por tanto esa “hora” es la de la Cruz. Entonces todos podrán ver con claridad dónde está su verdadera grandeza y su gloria, y el mensaje de salvación alcanzará a todos los rincones de la Tierra.

Ha llegado la “hora” de Jesús, aquélla para la que ha venido a este mundo. Pero no está simplemente identificando esta “hora” con su muerte, sino con su entrega y glorificación, puesto que el momento de la Cruz es el momento de la exaltación y gloria de Jesús.

La respuesta de Jesús viene a decir que un encuentro ocasional con Él, en aquellos momentos aparentemente de éxito, sería superfluo e incluso engañoso. Al que los griegos quieren ver en realidad, aunque no lo sepan, lo verán levantado en la Cruz, desde la cual atraerá a todos hacia sí (cf. Jn 12, 32). Allí comenzará verdaderamente su «gloria», a causa de su entrega por todos.

Porque la “hora” de la muerte y resurrección de Cristo es la victoria definitiva del amor sobre el egoísmo, del bien sobre el mal, de la gracia sobre el pecado, de la vida, sobre la muerte. Porque desde entonces es posible amar y vencer la fuerza del desamor en nuestra vida personal y en el mundo que nos rodea.

En la hora de la Cruz, los “griegos” de entonces y de ahora, todos los que verdaderamente quieren “ver a Jesús”, encontrarán a quien realmente andan buscando en su corazón, al verdadero Dios que se hace reconocible para todos los pueblos, pues todos están invitados a formar parte del nuevo y único pueblo de Dios.

Como hemos reflexionado anteriormente, es necesario que los discípulos de Jesús mostremos su presencia a quienes hoy, como aquellos griegos, siguen queriendo verle. Y para eso, nosotros (como Felipe, Andrés y los demás Apóstoles), debemos estar sincronizados con la “hora” del Maestro para recorrer con Él su mismo camino, puntualmente, sin adelantarnos ni atrasarnos, porque entonces se cumplirán sus palabras: **donde esté yo, allí también estará mi servidor.**

El discípulo y apóstol ha de vivir, como el Maestro, la hora del servicio y el seguimiento más fiel, viviendo en santidad, sabiendo que correrá su misma suerte. El discípulo y apóstol, por estar sincronizado con la hora de Jesús, ha de estar dispuesto a “entregar la vida”, como los mártires, no a satisfacer sus propias ambiciones y vanidades; ha de estar dispuesto a rechazar una fácil popularidad y éxito mundano, y preferir el ocultamiento, la humildad.

Para la reflexión:

- ¿Entiendo por qué “la hora” de Jesús es la de la Cruz? ¿Cómo lo explicaría con mis propias palabras?
- Medito este párrafo: Nosotros (como Felipe, Andrés y los demás Apóstoles), debemos estar sincronizados con la “hora” del Maestro para recorrer con Él su mismo camino, puntualmente, sin adelantarnos ni atrasarnos, porque entonces se cumplirán sus palabras: donde esté yo, allí también estará mi servidor. ¿Estoy “sincronizado” con Jesús? ¿Le sigo puntualmente?

ACTUAR: SI EL GRANO DE TRIGO NO CAE EN TIERRA Y MUERE...

Para explicar la fuerza que se encierra en su “hora”, Jesús emplea una imagen sencilla que todos podemos entender: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. Si el grano muere, germina y hace brotar la vida, pero si se encierra en su pequeña envoltura y guarda para sí su energía vital, permanece estéril.

En este encuentro de los griegos con Jesús descubrimos que todavía no es la hora del triunfo, sino la hora del grano de trigo que debe desaparecer y morir bajo tierra. No es la hora de la cosecha abundante, es la hora de una dolorosa y generosa siembra. La fecundidad pasa a través de la entrega y de la muerte. La manifestación gloriosa se producirá a través de la ocultación, más aún, de la sepultura.

La imagen del grano de trigo que cae en tierra y muere nos descubre una ley que atraviesa la vida humana. No es una norma ni moral ni religiosa, sino la dinámica que hace fecunda la vida de quien sufre movido por el amor. Es una idea repetida por Jesús en diversas ocasiones: no se puede hacer vivir a los demás si uno no está dispuesto a “des-vivirse” por los otros. La vida es fruto del amor y brota en la medida en que sabemos entregarnos. Quien se agarra egoístamente a su vida la echa a perder; quien sabe entregarla con generosidad genera más vida.

No es difícil comprobarlo: quien vive exclusivamente para su bienestar, su dinero, su éxito o su seguridad, termina viviendo una vida mediocre y estéril: su paso por este mundo no hace la vida más humana. Quien se arriesga a vivir en actitud abierta y generosa, difunde vida, irradia esperanza, ayuda a vivir. No hay una manera más apasionante de vivir que hacer la vida de los demás más humana y llevadera.

En el cristianismo se ha distinguido siempre con claridad que hay un sufrimiento inevitable, consecuencia de nuestra condición de criaturas; pero hay también un sufrimiento positivo: el que se acepta al esforzarnos por hacer desaparecer el sufrimiento de los demás.

Por este motivo, a aquellos que también hoy «quieren ver a Jesús», podemos ofrecerles tres cosas:

El **Evangelio**, donde pueden descubrir a Jesús, escucharlo y empezar a conocerlo.

El **Crucifijo**, signo del amor de Jesús que se entregó por nosotros.

Y el **testimonio** de nuestra fe, pobre pero sincera. Una fe que se traduce en gestos sencillos de caridad fraterna.

Este encuentro de Jesús con los griegos nos recuerda que lo que en realidad cuenta no es tener conocimiento externo o una relación superficial con Jesús, como un contacto más que añadimos a nuestra red social. Para encontrarse de verdad con Él, para “verle”, hay que profundizar más: Jesús vendrá a nosotros a través de la Cruz. La muerte de Jesús en la Cruz es una fuente inagotable de vida nueva, porque lleva en sí la fuerza regeneradora del amor de Dios.

Y puesto que estamos inmersos en este amor por el Bautismo, los cristianos podemos convertirnos en «granos de trigo» y ser fecundos. Y entonces podremos ayudar a “ver a Jesús”, como querían los griegos. Y ser fecundos, como el grano de trigo que es Jesús, es reconocer que también estamos destinados a caer en tierra, a “arraigarnos” en la realidad; y reconocer que algo de nosotros debe desaparecer para que poder dar frutos.

Debemos entender que hay que dar la vida cada día, descubriendo a quién atender, a quiénes cuidar...; asumir que, aunque nos guíe la fe, en el seguimiento de Jesús no todo es alegría y alborozo, que hay noches oscuras, hay dolor, hay sufrimiento, que existe la cruz en este camino, y que el mal tiene mucho poder... pero la última palabra la tiene Cristo Crucificado y Resucitado.

Jesús no nos engaña: podremos “verle” y ayudar a que otros le vean pero sólo si nos sincronizamos con “su hora”, con todo lo que ésta conlleva, aceptando ser granos de trigo que deben caer en tierra y morir. Jesús nos enseña que no va a ser fácil seguirle, pero por eso mismo Él ha aceptado su “hora”, ha aceptado “caer en tierra y morir” para que su fruto sea vencer todos los miedos, todo mal, y la misma muerte.

Para la reflexión:

- ¿Cómo explicaría con mis propias palabras que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto?
- Hay un sufrimiento inevitable, consecuencia de nuestra condición de criaturas; pero hay también un sufrimiento positivo: el que se acepta al esforzarnos por hacer desaparecer el sufrimiento de los demás. ¿Alguien ha asumido ese “sufrimiento positivo” por ayudarme en una situación dolorosa? ¿Lo he asumido yo por alguien?
- Medito este párrafo: Hay que dar la vida cada día, descubriendo a quién atender, a quiénes cuidar...; asumir que, aunque nos guíe la fe, en el seguimiento de Jesús no todo es alegría y alborozo, que hay noches oscuras, hay dolor, hay sufrimiento, que existe la cruz en este camino, y que el mal tiene mucho poder... pero la última palabra la tiene Cristo Crucificado y Resucitado. Pienso en personas y situaciones (personales y ajenas) concretas.

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

X.- LOS GRIEGOS: QUEREMOS VER A JESÚS.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Siento verdadero deseo de conocer a Jesús? ¿Cómo se manifiesta ese deseo?
- ¿Qué entiendo por “ver a Jesús”?

JUZGAR – Jn 12, 20-26

Entre los que habían venido a celebrar la Fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban:

—Señor, queremos ver a Jesús.

Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó:

—Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre.

Os aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará.

QUEREMOS VER A JESÚS.

- ¿Por qué Jesús tiene ese poder de atracción sobre tantas personas de todo tiempo y lugar? Procuro concretar al máximo mi respuesta.
- Nosotros tenemos que ser los “Felipe y Andrés” que presenten a Jesús. Pero, ¿cómo hacer visible el rostro de Dios para el hombre y la mujer de hoy? Pienso en medios, formas, acciones... personales y comunitarias.
- Como dice el apóstol Pablo, “este tesoro lo llevamos vasijas de barro” (2Co 4, 7), y con frecuencia, la incoherencia de los creyentes constituye un obstáculo en el camino de cuantos buscan al Señor. ¿Qué descubro en mí que supone un obstáculo para que otros “vean” a Jesús?

HA LLEGADO LA HORA...

- ¿Entiendo por qué “la hora” de Jesús es la de la Cruz? ¿Cómo lo explicaría con mis propias palabras?
- Medito este párrafo: Nosotros (como Felipe, Andrés y los demás Apóstoles), debemos estar sincronizados con la “hora” del Maestro para recorrer con Él su mismo camino, puntualmente, sin adelantarnos ni atrasarnos, porque entonces se cumplirán sus palabras: donde esté yo, allí también estará mi servidor. ¿Estoy “sincronizado” con Jesús? ¿Le sigo puntualmente?

ACTUAR: SI EL GRANO DE TRIGO NO CAE EN TIERRA Y MUERE...

- ¿Cómo explicaría con mis propias palabras que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto?
- Hay un sufrimiento inevitable, consecuencia de nuestra condición de criaturas; pero hay también un sufrimiento positivo: el que se acepta al esforzarnos por hacer desaparecer el sufrimiento de los demás. ¿Alguien ha asumido ese “sufrimiento positivo” por ayudarme en una situación dolorosa? ¿Lo he asumido yo por alguien?
- Medito este párrafo: Hay que dar la vida cada día, descubriendo a quién atender, a quiénes cuidar...; asumir que, aunque nos guíe la fe, en el seguimiento de Jesús no todo es alegría y alborozo, que hay noches oscuras, hay dolor, hay sufrimiento, que existe la cruz en este camino, y que el mal tiene mucho poder... pero la última palabra la tiene Cristo Crucificado y Resucitado. Pienso en personas y situaciones (personales y ajenas) concretas.



CANCIONES:

<https://www.youtube.com/watch?v=ukj35nX88Lg> (Canto el Evangelio “El que quiera servirme”)

<https://www.youtube.com/watch?v=-Yu-RV1Y9dM> (“Solo el grano cuando muere” - Javier Brú)

<https://www.youtube.com/watch?v=zMyVlhO0aLY> (Canción “Como el grano de trigo”)